

FILMS
SELECTOS

50
cts.



Gail
Patrick

Ilmo. Teatro
de la Comedia
JUDITH
BARRETT



Foto UNIVERSAL

AÑO VIII

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya
N.º 324

Director: J. ESTEVE QUINTANA

López Raimundo, 3 (antes Vergara)

TELÉFONO 22890

BARCELONA



Marlene
Dietrich

el canto de un gallo en un minué de Mozart. ♦ Este gran mal, que de no ponerle remedio terminará por convertir al cine en una colección de fotografías seriadas, ha nacido de la apreciación equivocada de sus dirigentes, quienes creyeron que subordinando la obra de arte a la especialización de los intérpretes ganaría aquéllo, lo cual me recuerda a un crítico de pintura que juzgaba el valor artístico de un cuadro por la calidad de los colores empleados por su autor. ♦ No; un cuadro puede estar pintado con minio, negro de alquitrán y blanco calizo, y ser una magnífica obra de arte. Lo mismo que una película, con calor humano y actores discretos, puede ser mucho mejor que otra en que haya intervenido la estúpida especialización. No citó ejemplos, porque la verdad, abundan.

A. ORTS-RAMOS

LA ABSURDA ESPECIALIZACIÓN

Con inexplicable carencia de sentido común, y por el afán de la especialización, el cine ha ido reduciendo la capacidad interpretativa de los actores. Al acoplar la amplia y libre expresión del actor a determinados papeles, exigiendo que en ellos cultive todo su sentimiento artístico, el cine ha cometido, no tan sólo una estupidez monstruosa e inhumana, sino que también ha sentado un pésimo precedente que quizás algún día pese en su historia como signo de ignorancia. ♦ El actor no es ni puede ser un individuo cuyos profusos ressortes psíquicos convengan únicamente a un tipo de hombre determinado, so pena que con esta especialización pierda su protética condición, y entonces deje de ser actor para convertirse en imitador de un solo carácter o temperamento, y su jerarquía artística baje automáticamente a artesanía. El actor debe gozar de absoluta libertad, sin que nadie ni nada supiede su vigor vocacional y su virtud asimiladora e interpretativa a la especialización en el juego de un solo carácter. ♦ El actor, contrariamente a lo que creen ciertos directores cinematográficos y no pocos de escena, es el único ser humano que en sus gestos no debe ceñirse a la realidad, y por lo tanto su actitud cuando atiende, desea, espera, admira, compadece, siente tristeza, etc., etc., no ha de parecerse a ninguna otra, porque aquella su peculiar actitud, en aquel preciso momento en que la adopta, representa su obra artística que, como toda obra de arte, re-crea lo que el espíritu ha percibido de la realidad, pero jamás imita a ésta, porque en tal caso dejaría de ser arte. ♦ Indudable que ésta es una virtud propia de todos los actores, especializados o no; pero la ficción de los especializados, a fuerza de repetirla y a fuerza de vivir en ella, se convierte en realidad, hasta el extremo que, para gran número de espectadores, los nombres de los actores y el papel o personaje en que se han especializado son sinónimos. ♦ Esta especialización, como era natural esperar, ha llevado a ciertos artistas eminentes del cinematógrafo, al amaneramiento, cuando no a la incongruencia, como sucede con la Dietrich, artista que raras veces hemos podido sorprender dentro del gesto lógico en relación con el plano psicológico en que actúa en distintas y ya profusas películas. ♦ La realidad creada por esta actriz, es decir, su realidad, responde tan exactamente a su afortunada carrera artística, y es tan hija de su especialización, que jamás hemos logrado verla desprovista de esa característica soberbia con que la Dietrich ha querido aureolarse, soberbia a veces discordante en el marco de escenas sencillas y humildes, como lo sería

El a'a de cuervo negro de la Implacable ha rozado la nieve de la pan'a'. Una noticia seca, escu'a, nos informa que Jean Harlow ha dejado de existir, víctima de una rápida enfermedad. Es tan lacónico el comunicado que en principio nos



JEAN HARLOW

rebeldamos contra su certitud. No es posible. Nos imaginamos ilógico que aquella figura exquisita y grácil, que hace unas horas escasas hemos visto moverse en la pantalla, esté ligada para siempre por las invisibles cuerdas de la Muerte. Y la ratificación de la noticia nos obliga a contestar afirmativamente a cuantos nos lanzan, constantemente, el terrible interrogante: ¿Ha muerto Jean Harlow?...

Parecerá ridículo. Pero, al escribir esas líneas, no lo hacemos con la sola y exclusiva idea de cumplir nuestro cometido de informadores o comentaristas. Si estas ideas, que volcamos sobre el papel, no hubieran de ser destinadas a nuestra querida revista, las habríamos escrito también. Tal vez nunca hubieran aparecido ante los ojos de nuestros lectores, pero pasarían a formar parte de esas pequeñas e irrefrenables confidencias que muchas veces quedan entre nuestros papeles queridos, formando como un dietario deshilvanado de nuestra propia vida.

En estos primeros instantes sólo llegan hasta nosotros los textos más o menos explícitos de las agencias internacionales. Nadie puede todavía formar seriamente un comentario al derredor del traspaso de la artista de cabecera de platinio y el corazón en llamas. Su muerte sólo es notificada como el punto final de una muy bella oración. No sabemos quién ni cuándo nos contará la última palabra de la historia de Jean Harlow, pero yo, pobre romántico, enamorado sin amor, creeré siempre que ella puso toda su fe de mujer y de artista en aquel tipo de secreta ia única e insustituible, en la Blanquita de «Entre esposa y secretaria»... Y tal vez por ello, cuando la saeta de la mala nueva ha llegado hasta mí, no he podido evitar un pequeño estremecimiento y sin darme cuenta he pensado en todas las secretarias buenas, inteligentes, que por el mundo hay desparramadas, para vergüenza de los eternos malpensados....

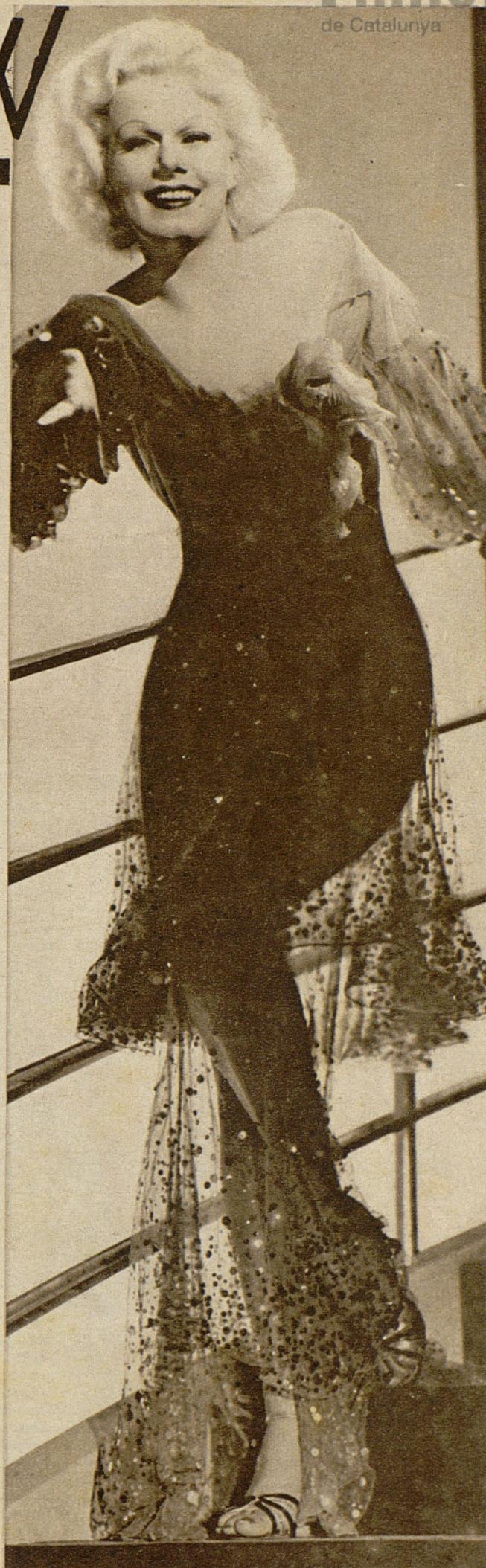
Pero me olvido un poco de que sólo se trata de dar, lacónicamente, la triste noticia de la pérdida de tan admirada actriz. Y es

que, sin poderlo detener, el pensamiento salta a bucear en el mar sin fondo del misterio, en busca de una razón a la sinrazón constante de la muerte. Ahora, en estos primeros momentos, la desorientación es total, porque ni tan sólo poseemos esa ínfima información de detalle que tan necesaria es para satisfacer nuestra sed de curiosidad.

Sólo sabemos el contenido justo y tajante de los tres o cuatro comunicados telegráficos recibidos por las agencias, y ya a estas horas son millares y millares los mensajes que se deben de haber cursado para conocer más detalladamente cuanto se refiere a la muerte inesperada de Jean Harlow, encarnación viva de una risa de gloria y una calaña de platino... En un hospital de Hollywood y tras la más grave enfermedad, de la que nadie había tenido noticia ni advertido síntoma de peligro alguno, ha muerto esta querida actriz, que ocupaba uno de los lugares primeros en el arte cinematográfico mundial.

El teclear de nuestra máquina forma nuestro último tributo de admiración sincera. Las letras, al marcarse en el papel, nos imaginamos que son las pequeñas violencias que si pudiéramos pondríamos sobre su tumba. De nuevo lo afirmamos, tal vez de una manera un poco infantil, pero muy en verdad sentimos la dolorosa e irreparable pérdida de esta artista querida.

Hoy sólo es la noticia, con la premura que obliga el cumplimiento de nuestro cometido y la obligación ante nuestros lectores, pero FILMS SELECTOS anuncia ya, desde ahora, que en su próximo número dedicará sus páginas de una manera especial a la malograda Jean Harlow, y en ellas, como en maravilloso espejo, se recogerá su rostro cautivador y bello, recordándonos que el cine es tal vez el único vencedor de la Muerte... Sean, pues, mis últimas palabras para ella como una oración fervorosa: «No has muerto. Vivirás en la eternidad de las sombras, como supiste brillar en el arte de las sombras... Descansa en paz del torbellino de esta vida...» Emilio CALVO





Vestido para el paseo a caballo o quizás para una cita con un «ponny».

El ex rey se va de juerga con la corista....

EL NUEVO IDOLIO DEL CINE Y EL ROMANCE DE UN EX RE



Hi!... ¡Qué parecido tan asombroso!—

Esta fué la exclamación del primer periodista que vió a Gravey en la cubierta del «Reina Marfa» cuando el joven llegó a Nueva York.

—¿Parecido, con quién?— preguntó su compañero.

—Con el duque de Windsor... Chico... Míralo... Fíjate y verás...— Un alto empleado del departamento de publicidad de Warner Bros., que había acudido al mueble a esperar al actor, se acercó a los jóvenes reporteros y les dijo: —Nuestra compañía se opone formalmente a que se hagan comparaciones entre el señor Gravey y personas a quien él pueda parecerse...—

—¡Está bien, señor míol... No diremos nada, pero lo cierto es que esos dos se parecen...—

Así quedó terminado el incidente, pero la compañía Warner, no deseando tomarse ninguna responsabilidad en este asunto, envió mensajes a todos los periodistas haciéndoles saber que verían con disgusto cualquier alusión que hicieran al parecido de Gravey con el duque de Windsor. Eso fué lo suficiente para que todos publicaran el memorándum que se les envió y que hicieran aún más hincapié en si Fernand Gravey se parece a David Windsor o no...

A mí me parece que no existe parecido alguno. Gravey es mucho más guapo que Windsor; además, es más joven y más simpático... Sin embargo, juzguen ustedes por sí mismos cuando le vean en «El rey y la corista», que es su primera película americana, y que tampoco tiene nada que ver con el romance de ese otro ex rey, pues el argumento de esta obra estaba escrito mucho antes de que abdicara el entonces rey de Inglaterra, y fué simplemente una idea que se le ocurrió a Groucho Marx, uno de los cuatro hermanos locos del cine, quien, en colaboración con Norman Krashen, escribió la novela sobre que está basada la obra. De esto hace más de un año; por tanto, no deben establecer tampoco relación alguna entre una cosa y otra, porque tampoco hay similaridad en las situaciones. El ex rey de Inglaterra declaró que sabía que no podía reinar sin la mujer que ama... En cambio, el protagonista de «El rey y la corista» no sabía que lo único que le faltaba para poder reinar y cumplir con sus deberes con su pueblo era precisamente eso: una mujer a quien amar... ¿Ven ustedes la diferencia?

Si embargo, no hay quien pueda amordazar a la prensa americana. Ellos jamás se venden. Hacen la crítica como quieren, es-

criben cuánto les parece y, no siendo algo que esté fuera de la ley, dicen todo lo que les viene en ganas... Si un actor les parece bueno llenan páginas con sus fotografías, lo entrevistan, comentan todas sus actividades y le convierten en un favorito, como ha ocurrido con Gravey. Si no se logra que los chicos y las muchachas de la prensa yanqui le tomen simpatía al artista, es inútil todo lo que la compañía que le tiene bajo contrato pueda hacer para que él tenga éxito.

UN PARAISO Y UN INFIERNO ENCONTRO GRAVEY EN HOLLYWOOD

Las primeras escenas que se hicieron de «El rey y la corista», que es la obra de debut de Gravey en el cine americano, fueron las del coro, y las muchachitas, al ver entrar al joven francés en el escenario, exclamaban: «¡Ay, pero qué simpático es!... ¡Mira qué lindos ojos tiene!... ¡Y qué sonrisa!», etcétera. Gravey, que habla muy bien el inglés porque se ha educado en Londres, sonreía satisfecho y hasta sentía que el color le subía a las mejillas... Su esposa, que insistió en acompañarle el primer día al estudio, y que no entiende una palabra de inglés, preguntaba:

—¿Qué pasa, Fernand? ¿Qué es lo que dicen? ¿Por qué te pones nervioso?...

—No es nada, mi vida, no es nada...— decía en francés Gravey.

Y al oírlo hablar, las niñas se ponían todavía más intrigadas, hasta que rompieron las filas en que bailaban y le rodearon, haciendo mil preguntas...

Esta fué la iniciación de los hechos que han culminado en que Gravey asegure que Hollywood puede ser un infierno o un paraíso...

Si el lector no ha vivido nunca en Hollywood, posiblemente durará de esto que le digo, pero lo cierto es que una hora después de haber llegado a la ciudad del cine, ya tenía Gravey más de cien invitaciones en su camerino... Allí le encontramos hablando con su secretaria, que le dice:

—Mire, señor Gravey... No haga usted mucho caso de los «ponies» porque son terribles... Si acepta usted estas invitaciones no le dejarán tener un momento de paz.—

Gravey miraba asombrado a la secretaria y preguntó:

—¿Qué quiere decir usted con eso de los «ponies»?

—¡Ah..., perdón usted! No me daba cuenta de que usted no sabe los modismos de Hollywood— contestó la secretaria.

En su casa de campo cerca de París...

Y luego continuó:

—Voy a explicarle... Les llaman «ponies» aquí a los caballitos de tamaño chico que trotan con paso menudito y rápido, y como las muchachitas del coro tienen que hacer mucho ejercicio de trote para adiestrarse en sus pasos, esas rubias encantadoras que usted vió en las filas, señor mío, son los «ponies».

Gravey lanzó una carcajada y le dijo a la muchacha:

—Acérquese, Rosa, y oiga bien lo que voy a decirle: de ahora en adelante, cuando yo le hable de las niñas del coro les diré los «ponies»; así mi esposa creerá que estoy hablando de los caballos, y como soy aficionadísimo a las carreras no sospechará que mi interés es por las coristas...

—¡Magnífico! Pero usted olvida, señor mío, que cada una de esas niñas tiene un teléfono y que los números son iguales en francés y en inglés, y su señora verá que las cartas tienen esos números...

—¡Carambal...! Eso es una dificultad. Pero podemos decirle a madame que esos números son el dinero que se apunta en las apuestas.

Así se combinó, y desde entonces Gravey decía a sus amigos:

—Hollywood me encanta... Sobre todo los «ponies»...

Su esposa le oía hablar tan a menudo de eso que se puso curiosa, y pronto le informaron de que los «ponies» eran los caballos.

El enredo culminó en que, para demostrarle a madame Gravey que era cierto que su marido estaba chiflado por los caballos que corren en la pista de Santa Anita, cerca de Hollywood, y por los potros de los vaqueros del Oeste, el joven actor tuvo que comprar un equipo completo y hacer planes para presentar películas de caballos en Francia... ¡Todo por el inocente engaño de haber encontrado una palabra con qué mixtificar la verdad ante su mujer!

A pesar de todas estas alternativas y de que Gravey es sumamente susceptible y voluntarioso, él confiesa que se divirtió muchísimo en Hollywood, especialmente las dos semanas que estuvo allí solo, mientras su esposa visitaba algunas grandes ciudades de la Unión Americana, y él visitaba algunas de las pequeñas poblaciones cercanas a Hollywood para encontrar inspiración para sus actuaciones mediante aquellas escapatorias, tanto más agradables cuanto más prohibidas...

LA MUJER AMERICANA TIENE LIBERTAD PARA EXPRESAR SU OPINIÓN

Aunque el continente es muy grande, la radio, el teléfono y el servicio aéreo han hecho una unión perfecta entre el este y el oeste americanos. Así, pronto las neoyorquinas se enteraron de lo que pensaban las vecinitas de California acerca del nuevo ídolo francés, y la popularidad del actor ha subido hasta la cumbre en pocas semanas.

Teniendo que vivir sus romances en el mayor misterio, debido a que Gravey es un hombre casado que considera mucho a su mujer y no quiere darle ningún disgusto, si es posible evitarlo, la primera verdadera prueba de su señior la tuvieron las muchachas cuan-

do él apareció en las escenas de «El rey y la corista», y la verdad es que han quedado convencidas de que es una lástima que Gravey se casara tan temprano... Además, muchas de ellas piensan: «¿Qué derecho tiene madame Gravey ni nadie a confiscar a nuestro actor? Nosotras le damos popularidad, llenamos los teatros cuando él actúa y tenemos derecho a enamorarlo plátonicamente si queremos...»

No sabemos si habrá sido debido a la prudencia de Gravey o a la discreción de su esposa; pero lo cierto es que ellos partieron para Francia tan amigos como siempre, y ahora el único tormento de madame es la correspondencia tan nutrida que recibe Gravey a diario...

Con Luis Alberni en otra escena de «El rey y la corista».

FINALMENTE ACABAN POR DIVORCIARSE

Esto no es un pronóstico, sino consecuencia lógica de los hechos... Gravey y su esposa acabarán por divorciarse, pues ya han comenzado las contrariedades debido a que se suponía que la próxima película de Gravey no comenzaría hasta junio y ahora el director Mervyn Le Roy, que le tiene bajo contrato, le ha cablegrafado para que regrese a Hollywood inmediatamente. Su esposa se opone a ir para allá antes del mes de mayo y Gravey cree que tiene que cumplir con lo que el director manda...

¿En qué acabará todo esto? La esposa de Gravey es riquísima; pero, mediante el contrato a tanto por ciento que él tiene con la Warner, también él será riquísimo dentro de poco tiempo. No tienen hijos, ni nada que les ate, más que el cariño natural entre esposos...

¿En qué acabarán los Gravey? ¿Habrá sido Hollywood una fortuna o un mal presagio para él?



Casándose en la película con la linda Joan Blondell.

Esperemos los acontecimientos y mientras tanto les recomendamos vean «El rey y la corista», para que se deleiten con el debut de Gravey y con la actuación maravillosa de Joan Blondell.

María M. GARRETT
Hollywood, mayo 1937



CUALIDADES IMPRESCINDIBLES DE LAS HEROINAS DE LOS FILMS

MÁS que la belleza, es esencial en las estrellas de cine la individualidad. Las que están cortadas por el mismo patrón pueden tener ciertos atractivos, pero, en general, carecen de interés. Un carácter poco corriente que ha sido prolijamente desarrollado, perdurará en la memoria de los espectadores.

Las interpretaciones más interesantes son siempre las de mujeres poco convencionales, emancipadas y que poseen alguna particularidad. Las mujeres que Mae West caracteriza con tanto acierto, o las muchachas voluntaristas de Katherine Hepburn, son casi siempre tipos poco corrientes y en la mayoría de los casos de mujeres que hacen lo que su voluntad les dicta.

Al mismo tiempo son innumerables las mujeres que con todo y estar completamente emancipadas, cometen actos tan convencionales como lavar la ropa, criar chiquillos, escribir a máquina o vender sombreros y se muestran enteramente satisfechas con su suerte.

Por mi parte he de decir que en mi carrera cinematográfica he tenido la suerte de poder interpretar casi siempre papeles de mujeres interesantes. Y actualmente estoy interpretando el de Juana Calamidades, en el film «Búfalo Bill». Todo lo que yo sabía de este papel era que se trataba de un tipo de mujer peleona y emprendedora, porque Juana Calamidades distaba mucho de ser una señora. Probablemente si lo hubiera sido su nombre hubiera sonado aéreas en la historia del oeste de los Estados Unidos.

Juana era una mujer con gracia y que se dedicaba a romper precedentes. No usaba nunca sombreros femeninos y fumaba sin ningún recato. Su indumentaria favorita consistía en chaquetas y pantalones masculinos y tanto por su manera de vestir como por su carácter atrevido, había dejado establecido su derecho de frequentar las tabernas reservadas para los hombres. Con frecuencia se vió obligada a defender sus opiniones con un revólver de seis tiros.

Naturalmente, una mujer así era el escándalo de la sociedad de aquella época, pero me figuro que en nues-

tos días no hubiera llamado tanto la atención. Sin embargo, hay que reconocer que Juana Calamidades contribuyó a allanar el camino para las mujeres independientes, cuyas filas han ido aumentando con el transcurso de los años. Y al reflexionar que sus actos de independencia y rebeldía contra lo establecido, tenían lugar unos años después de la guerra civil, precisamente es saludar en ella a las mujeres de fuerza y tesón.

Juana Calamidades era de una vivacidad, de un atrevimiento y de una audacia que eran mucho más notables, si se tiene en cuenta que lejos de contar con la aprobación de sus semejantes, como la mujer emancipada de hoy en día, tenía que luchar contra su hostilidad.

Yo no apruebo todo lo que ella hacía, como tampoco apruebo todos los actos de Isabel de Inglaterra, Lucrecia Borgia, Catalina de Rusia o María de Escocia, a quienes sería difícil calificar de damas ejemplares. Pero el tiempo todo lo borra y sus extravagancias y hasta sus crímenes no nos parecen tan ofensivos cuando los miramos a través de los años transcurridos. Probablemente sería una gran calamidad tener a una de estas personas en el círculo de nuestras amistades, pero, de todos modos, nos alegramos de que hayan existido porque ellas fueron las que probaron al mundo que la mujer juega un papel muy importante en la historia de la humanidad.

—Acuérdese de que las virtudes de Juana Calamidades eran muy suyas, mientras que sus defectos eran el reflejo de los de su generación —me dijo el director—. Procure usted que esta fuerte personalidad surja en todo su esplendor.

Realmente, yo no estaba segura de que era la persona adecuada para este papel. Mi voz no es muy fuerte y de vez en cuando se me escapa alguno que otro gallo. Pero De Mille declaró, muy amablemente por cierto, que la voz, siendo la expresión de la personalidad del individuo, no tiene gran importancia si la personalidad logra imponerse.

Inútil decir que estas palabras fueron sumamente alentadoras para mí. Además, gracias a ellas, pude comprender el éxito de ciertas actrices famosas, cuyas voces me habían parecido siempre muy inadecuadas. Recordaba muchas de ellas que tenían incluso defectos de elocución que hacían inexplicable su éxito. Sin embargo, cuando aparecían en escena era tal el magnetismo de su personalidad, que los defectos desaparecían o, por lo menos, no se notaban. En la historia del teatro estas personalidades han dejado profundas huellas mientras otros han dejado profundas huellas mientras otros artistas que podían recitar versos de Shakespeare, con voz resonante, han quedado relegados al olvido.

Katherine Hepburn posee una voz muy personal. Helen Hayes, Olga Baclanova y Mary Boland, tienen un tono de voz que no se parece a ninguno. Me atrevo a declarar que no hay mayor desventaja para una actriz que la de poseer una voz mal cultivada.

Hace algunos años este detalle hubiera tenido muy poca significación, pero actualmente el público se ha acostumbrado a juzgarlo con discernimiento y una gran parte del éxito de un artista depende de que el tono de su voz sea simpático y cautivo al público.

En las películas de «cowboys» me han llamado la atención las voces abaritonadas de los intérpretes, que ofrecen un contraste muy notable con las voces aflatadas de los verdaderos «cowboys», según he podido comprobar oyendo discos de fonógrafo impresionados por cantores de las praderas. En general, parece que todas las personas que viven la mayor parte del tiempo al aire libre, como los campesinos y los marineros, tienen voces aflatadas. Es posible que una existencia a la intemperie afecte las cuerdas vocales y, endureciéndolas, les haga producir sonidos más agudos.



HÉROES ANTIGUOS Y MODERNOS

El héroe a la antigua ha desaparecido de la pantalla. El público se fastidió, al fin, de ese tipo de galán fatuo y romántico, que sacaba de sus casillas a las mujeres, y dispuso su inmediata eliminación.

Hace algunos días hablábamos con Clark Gable sobre la evolución del héroe de la pantalla. Gable es el primero en regocijarse del cambio, aunque él mismo fué un típico ídolo de las damas, cuando se inició en la escena como actor. Pero el teatro exigía entonces esa clase de galanes para satisfacer la demanda pública. Hoy su especialidad son los personajes buenos y malos a la vez, como el que representó en «San Francisco».

—El público quiere ver la vida representada tal como es —dice el actor—. En el mundo no hay individuos del todo buenos ni del todo malos, ni continuamente poéticos y románticos. El personaje que aparece en la pantalla actualmente, debe mostrar otras características; es decir, ser humano, como la gente con quien tratamos a diario. En tiempos pasados, cuando el ídolo femenino estaba en su apogeo, el público pedía jóvenes atléticos, de perfil clásico y, si era posible, de cabello rizado. La clase de papeles que representaban era lo que les daba

RAREZAS DE HOLLYWOOD

La costa del noroeste de los Estados Unidos está sembrada de pequeñas tiendas de anticuarios. Pero por cada tienda que existe en dicha región en los alrededores de Hollywood hay cuatro o cinco. La mercancía es similar en ambas regiones con una superabundancia de tornos de hilar, braseros y utensilios de pesca en las regiones del este. En California, sin embargo, no se desperdicia un solo objeto que pueda pasar por una antigüedad.

Tomemos las botellas por ejemplo. Durante la temporada pasada se hicieron sesenta films que requerían botellas en algunas de sus escenas. Viejas alacenas en Salem, posadas españolas, cafés franceses, tabernas de los tiempos coloniales u hosterías italianas, todos ellos requerían botellas de mil formas distintas. Los estudios saben perfectamente dónde pueden encontrar todas las botellas necesarias. Las tiendas de anticuarios poseen varias colecciones, pero, además, existen varios particulares que se ganan la vida alquilando sus botellas a los estudios.

En Hollywood existen agencias que alquilan sombreros viejos, caballos averiados, automóviles anticuados y muebles de todas las épocas. Existen también las que alquilan perros, pingüinos y otros animales amaestrados. Un individuo vive a costa de un orangután amaestrado, otro come gracias a un pez que saca la cabeza del agua para morder a las personas. El dueño del orangután gana 125 dólares cada semana que su animal trabaja; el del pescado gana 175 dólares, pero sus servicios se requieren con

menos frecuencia.

Uno de los artículos más raros de Hollywood es un esqueleto que su poseedor encontró hace años en México. Hace cosa de dos siglos la osamenta se albergaba en el cuerpo de un indio que probablemente no había logrado ganar cincuenta dólares en toda su existencia. Pero ahora el esqueleto produce esta suma cada vez que trabaja para su nuevo dueño. Todas las películas de misterio y de crímenes horripilantes o las parodias de éxitos, como «El gabinete del doctor Caligari», emplean a este esqueleto, cuyo prestigio es muy superior al de sus varios competidores.

El único halconero que existe en el oeste de los Estados Unidos es un ciudadano de Hollywood que se dedica a alquilar sus aves a las compañías de cine. Los halcones están admirablemente amaestrados y se comportan con la dignidad e inteligencia de sus antepasados, cuyas hazañas eran el orgullo de sus aristocráticos dueños.

Aunque los esqueletos y los halcones no están en continua demanda, cuando un director los precisa son insustituibles. La Paramount, por razones inexplicables, es la compañía que alquila más telarañas. La cría de telarañas es un arte. Para ello se



requiere cierta clase de arañas y cierta habilidad para hacerlas trabajar. Además existe un secreto para rociar las telarañas con un líquido que las mantiene brillantes y resistentes. El monopolio de esta industria está en manos de un hombre ingenioso. Otro individuo cosecha musgo destinado a dar el toque adecuado de vetustez a ruinas y castillos.

Existe un particular cuya colección es tan importante que ocupa un edificio. Este individuo posee unas 15,000 armas de todas clases. En su colección abundan las lanzas, las dagas, las pistolas, los rifles de todos los tipos, las sortijas envenenadas, las porras, las ballestas y demás objetos mortíferos. Pero él es un hombre estudioso y pacífico, incapaz de matar una mosca.

DESDE HOLLYWOOD

esa aura de tipo seductor y algo cinico, si que les quedara más remedio que someterse a las exigencias de la época. Yo mismo interpreté esos papeles al principio de mi carrera, y le confieso que los odiaba, pero... ¿qué podía hacer, si era lo que la gente quería?

Con el perfeccionamiento del cine empezó el cambio. En la pantalla, la actuación exagerada y muda resulta grotesca. Las fotografías de primer plano acentúan aún más la exageración de los ademanes. El público se dio cuenta entonces de que todo aquello era mío y artificial, y el actor pudo al fin actuar con naturalidad.

Comenzó por fuerza la clasificación de los héroes de la pantalla —continúa Gable—. Había héroes cómicos, como Harold Lloyd; villanos, como Joseph Calleia y Charles Bickford, y galanes a la moderna, como William Powell y Adolph Menjou. Todavía hoy tenemos héroes románticos, como Robert Taylor, pero, aunque romántico, Taylor representa con naturalidad y es, ante todo, un hombre por los cuatro costados.

Gable dice que él es una combinación de todos ellos, caracterizando unas veces a un personaje áspero y rudo, y otras un papel cómico, si fuere preciso. Esa variedad le gusta. El actor recuerda a ciertos galanes que en un tiempo trataba de emular, como Francis X. Bushman, Romain Fielding, Earle Williams y E. F. Lincoln.

En la escena, siempre aparecían muy guapos, impecablemente vestidos y nítidamente peinados. Si peleaban, salían ileso de la lucha, sin que la corbata se torciera lo más mínimo —explica Gable—. Ahora es diferente. Si nos vamos a las manos con nuestro rival, nos damos verdaderas trompadas y quedamos con la ropa hecha trizas. Y la buena presencia no es indispensable. Ahí está Spencer Tracy, por ejemplo, que no es un adonis, y sin embargo, su caracterización en «San Francisco» es de lo mejor que he visto. ¡Bendito sea el público que ha cambiado!



COOPER VUELVE A NEGARSE A PEGAR A UNA MUJER

A causa de la actitud firme de Gary Cooper, que se niega a abofetear a Frances Dee, la Paramount se verá obligada a cambiar una de las escenas de la película que actualmente está filmando.

Cooper tuvo que pegar a Madeleine Carroll en «El general murió al amanecer», lo cual dió lugar a tantas cartas de protesta, escritas por espectadores indignados, que el actor resolvió no volver a pegar a una mujer en su vida, aunque el argumento lo exija.

Cuando se trató de pegar a Madeleine Carroll, Cooper protestó por principio, pero el director, Lewis Milestone, ayudado por la misma Madeleine, le convencieron de que si no lo hacía, la escena perdería todo su valor.

En «Almas en el mar», Cooper tiene que

dejar sin sentido de un puñetazo a Frances Dee, a fin de poderla colocar en un bote salvavidas durante el naufragio de un buque. Frances, lo mismo que Madeleine Carroll anteriormente, aprobó la idea y manifestó a Cooper que comprendía la necesidad de dejar la escena tal cual. Henry Hathaway, director del film, se unió a Frances, añadiendo que cualquier caballero se decidiría a pegar a una mujer, si con ello conseguía salvarle la vida.

Pero Cooper siguió protestando, declarando que no veía ninguna dificultad en levantar a la muchacha y depositarla en el bote a pesar de sus protestas y resistencia.

La discusión se inició en el momento en que se iba a filmar la escena, y al ver que llevaba trazas de prolongarse, Hathaway, decidió filmar otra con lo cual ganase tiempo para convencer a Cooper.

MUCHAS veces, cuando aparece una nueva estrella, los departamentos de publicidad de las casas productoras inundan las publicaciones mundiales con la noticia de la revelación, en la que toma un papel de vital importancia el «ojito clínico» del descubridor, de ese individuo desconocido para el aficionado y que responde al armonioso nombre de Goldberg, Smith, Callahan o Cohen. Un hombre que tiene la facilidad de distinguir las posibilidades artísticas de una muchacha entre la multitud de espectadores de un match de base-ball.

Y, sin embargo, si las revistas especializadas se hubieran preocupado de registrar el lanzamiento, la primera película y el éxito alcanzado por cada uno de estos descubrimientos, cuántas veces no habrían de señalar que el tal Goldberg o Callahan había confundido las posibilidades de una excelente ama de casa con las de una estrella. Y en cuántos casos no ha sucedido lo contrario. Como ejemplo tomamos el caso de Annabella. Los



films de René Clair la lanzaron a una magnífica popularidad en el Continente. Llegó un día en que la Fox tenía que producir «Caravana», y escogió para protagonista Charles Boyer, a quien se juzgaba actor de grandes posibilidades. Con mayor motivo cuando Robert T. Kane, productor del film, proyectó hacer dos versiones: una inglesa y la otra en francés. El film no tuvo el éxito apetecido y únicamente Charles Boyer, que se enamoró y casó con la actriz Pat Paterson, permaneció en Hollywood. Pero esto es otra historia. La labor de Annabella en aquel film fué excelente. Infinidad de productores, de ejecutivos, de descubridores, la vieron actuar. Tenía todas las cualidades: belleza, temperamento artístico, todo cuanto podría hacer la felicidad de cualquier Cohen o Smith, para darles pie a solicitar la felicidad de cualquiera. Pero ya sabemos que Annabella había ido a Hollywood tan sólo para interpretar una versión. Su temperamento poco exhibicionista la hizo pasar poco menos que desapercibida. No se convocaron

(Termina en la página 17)

GEORGE MURPHY

El joven galán de la pantalla que veremos la próxima tempora-
ra en algunas de las grandes producciones de la Columbia.



el
iva-
aba
ort T.
ngleña
que
Holly-
aquel
descu-
za, tem-
de cual-
de suel-
d tan só-
misionis-

página 17

"ESTRELLAS NUEVAS"



1. IDA LUPINO
(Foto Artistas Asociados)
2. DOROTHY LA MOOR
(Foto Paramount)
3. ANN SHERIDAN
(Foto Warner-Bros)
4. ANN SOTHERN
(Foto Radio)

Filmoteca
de Catalunya

El cine
yanqui
crea
constantemente «es-
trellas» nue-
vas y con ello
nos ofrece la prueba más potente de su pujanza. Al-
gunas de estas «estrellas» pasan fugaces por
ese químico firmamento de celuloide;
otras, en cambio, se enseñorean en
él y, como si el tiempo purifi-
cando su aureola desem-
pañase su brillo, nos des-
cubren cada día nue-
vos valores a través de
su mayor pureza.

Madge Evans viste este elegantísimo traje de dos tonos de azul pálido y oscuro. Los accesorios armonizan con los colores del vestido.

Foto M.-G.-M.



Betty Furness, actriz de la Metro, luce este atractivo chaleco de lana marrón bordado con estambre de colores vivos al estilo tirolés.





S
USEBIO F. ARDAÑIN
Y SU ÚLTIMA REALIZACIÓN

EUSEBIO F. Ardañin no es un recién llegado al cinema. En la época de tanteos de nuestro arte mudo llevó a la pantalla, con una laudable riqueza de imaginación y de recursos cinematográficos, una obra popular —«Rosa de Madrid»—, en la que recogió, con fina observación de «amateur» estudiioso, detalles de tipismo y de mundología, en las distintas fases que presentaba el «escenario».

En aquel tiempo, Ardañin no sobresalió más que para apuntar sus excelentes disposiciones cinematográficas. Fué con la iniciación del sonoro en la península, cuando, con admirable erupción reveladora, nos ofreció su obra cumbre «El agua en el suelo», una de las producciones españolas que más alto rango internacional conquistaron. En ella se nos ofrecía, en plena madurez, la fuerza creadora de Eusebio F. Ardañin, desarrollándose en un ambiente de sutil elegancia, entre rosas y sedas, rosas que ocultaban las espinas dramáticas del tema que el citado film desarrolla, y sedas que se prestaban a la obtención de bellos tornasoles de arte.

El nombre de Eusebio F. Ardañin ha sido, desde entonces, vértice en el triángulo de grandes directores españoles. En sus producciones sucesivas mantuvo el prestigio adquirido con aquel film de tan agradable recordación, pero no se superó en belleza artística ni en inspiración cinematográfica. Posiblemente, es que el ambiente de refinamiento que refleja «El agua en el suelo» ya no se prestaba a otras creaciones más elevadas.

Aquel ambiente fué tomado de la segunda parte de su «Rosa de Madrid», cinta que marcó la iniciación de su carrera y una ruta a seguir. Le restaba, pues, para expurgar, el camino señalado en la primera parte de aquel mismo film: el tipismo.

Ardavín recurrió al tipismo en alguna ocasión, ya en la época del cine hablado, pero sin una fortuna muy notable y tampoco con una responsabilidad absoluta. Cifesa le encomendó la dirección del film «La reina mora», cuyo «escenario» —pleólico de poesía y lances de amor, en un marco auténticamente típico— se mostraba apropiado para desarrollar en él un verdadero trabajo de concepción cinematográfica.

Eusebio F. Ardañin es el director español que expresa en imágenes de celuloide la ternura y el influjo del medio ambiente, por antonomasia. Todos los films realizados por él tienen una profunda influencia poemática; incluso los momentos en que el dramatismo llega al punto álgido de su manifestación, Ardañin sabe resolverlos en un medio tono, para que el exceso de humanismo no trunque la emotividad de la concepción de arte.

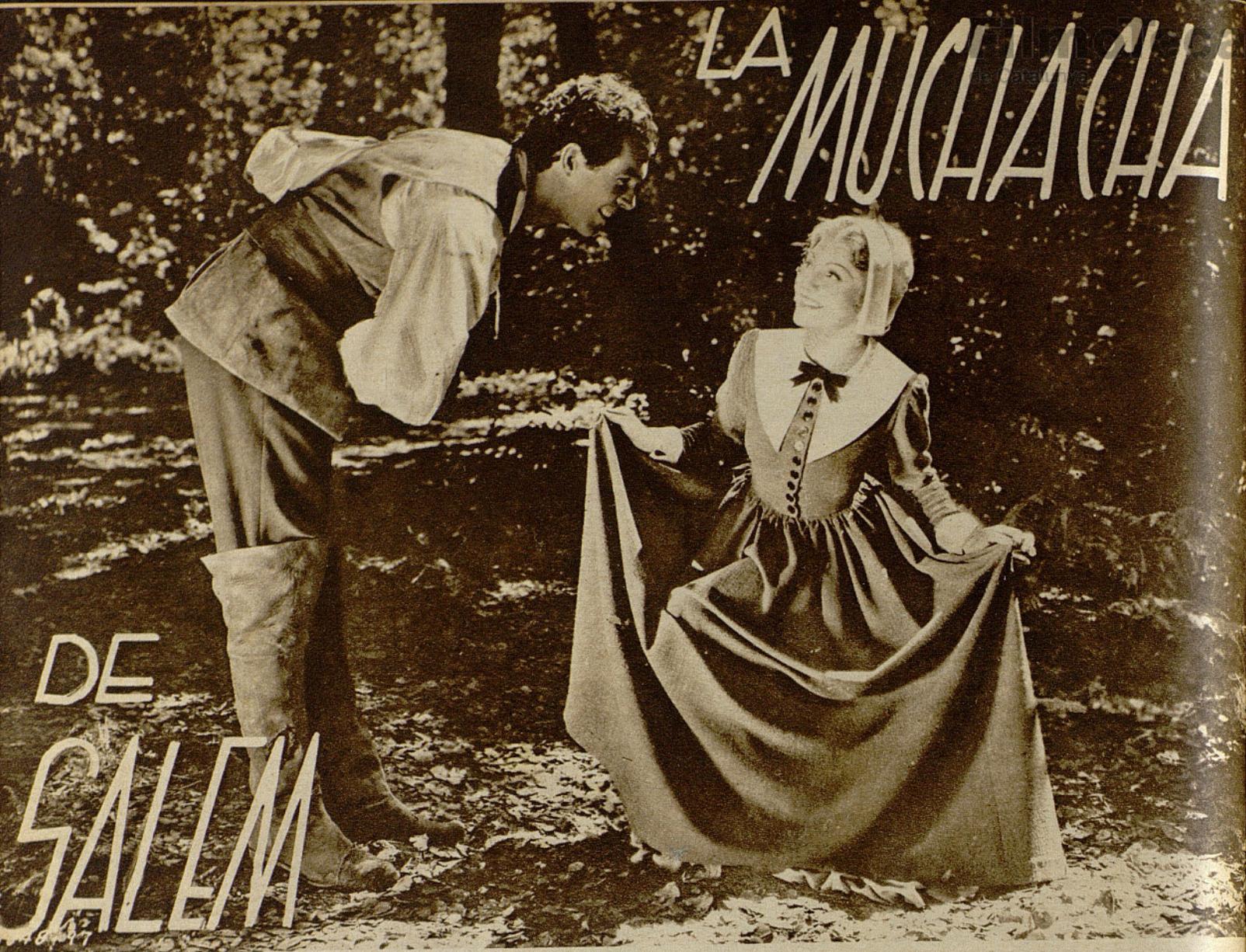
En «La reina mora», siguiendo esta trayectoria que en él es característica, ha logrado obtener los más puros efectos de arte en la expresión dramática de los personajes y en el ambiente que en el film se refleja. Cada elemento es una «estrella» en la película, aun cuando en el reparto sólo sean tres las «estrellas» del film, a saber: María Arias, Raquel Rodrigo y Pedro Terol.

La última realización de Ardañin, rodada en escenarios naturales y artificiales, es obra para poner a prueba la capacidad creativa de un director. En ella ha dejado de ser típico todo cuanto podía tenerse en esta consideración, porque el realizador se aparta de aquello que era formulario en los recursos de nuestra cinematografía, para buscar en los mismos medios un estilo personal, una creación expresiva.

Imágenes, luces, sombras: tres elementos fundamentales en toda obra cinematográfica y muy característicos de Eusebio F. Ardañin. Con ellos ha logrado una película definidora de costumbres en un ambiente muy español, sin extirpar por esto la anécdota sentimental ni la gracia genuina de la obra. Antonio BERTRAN



LA MUCHACHA



DE SALEM

1

HACIA fines del siglo XVII, en el año de gracia (o de desdicha) de 1692, la pequeña ciudad de Salem, puertecito de Nueva Inglaterra, hubiera podido ser un auténtico paraíso en la tierra. El Nuevo Continente estaba, como quien dice, recién estrenadito, y una rica naturaleza generosa otorgaba a los colonos todas sus maravillas. Ventana abierta al mar, el puerto de Salem veía llegar, día tras día, las blancas velas desplegadas de los navíos que facilitaban el intercambio del comercio, aumentando la prosperidad del país de manera incesante. La inmigración, integrada casi exclusivamente por los puritanos fugitivos de Inglaterra y de Holanda, excluía las agitaciones y tumultos propios de aquellos territorios, colonizados por gente más aventurera. El cielo era claro, ubérrima la tierra, pródigo el mar, la vida limpia y sencilla... Y, sin embargo...

Sin embargo no era Salem el paraíso en la tierra que podía haber sido. Porque una ola de fanatismo lo envolvía y el alma de las gentes se dejaba azotar por los látigos furiosos de la Intolerancia...

A QUELLA mañana Bárbara Clarke sentía una rara y gozosa agitación. Los pájaros locos de la juventud, de la primavera, del amor por venir, batían sus alas en el corazón de la muchacha. A sus labios, rojos como cerezas, asomaban unas desatiladas ganas de reír, de cantar... ¿Por qué la gente de Salem reíría tan poco? ¿Por qué un estúpido prejuicio condenaría toda canción que no fuese un himno religioso, toda locuacidad que se apartase del cotidiano comentario a la plática o el sermón?... ¡Bien está — se dice Bárbara, mientras atraviesa las calles desiertas de Salem — que no can-

ten, ni rian, ni charlen los viejos, los enfermos, los tristes, pero ella no es ni una cosa ni otra. Verdad que es huérfana y ello debiera apenar su corazón, pero el cariñoso desvelo de su buena tía Elena suple con creces el vacío de su orfandad, y el pequeño Timoteo, que con ellas dos completa la familia, es el más delicioso de los diablillos fraternales. Verdad también que los tres — la tía, ella y Tim — son pobres, muy pobres, más pobres que las ratas, pero con su trabajo cotidiano (la fabricación de velas, que luego Bárbara reparte a domicilio) no sólo cubren las exigüas necesidades de los tres, sino que aun, de cuando en cuando, pueden permitirse el lujo de comprar unos zapatos para Tim, o una cofia nueva para ella. A veces, algo más de tarde en tarde, el lujo se extiende hasta la adquisición de un juego de cuello y puños; aquellos puños y aquel cuello, único, exclusivo adorno de su austero traje de puritana, cuya blancura inmaculada, cuya confección primorosa son la envidia de las otras chicas de Salem, y hasta ha llegado a llamar la atención del reverendo Samuel Parris...

En estas cosas, simples e inmediatas, piensa Bárbara Clarke mientras, ligera y animosa, va dejando las velas de su fabricación en casa de sus clientes. Buen hombre, y generoso, el doctor Harding, se queda con gran parte de la mercancía, pese a los gruñidos de su celosa mujer, aquella Marta Harding que rezonga por todo... Pero a Bárbara no le importa el mal genio ni las ásperas palabras de la esposa del médico, y sale de casa de los Harding con el corazón tan ligero como cuando entró. Ella sólo tiene ganas de reír, de cantar... Si: reír, reír, reír, aunque se enoje Marta Harding y sermonée al reverendo Parris. ¡Reír, reír, reír! ¿Por qué será pecado reír en Salem?...

Y he aquí que, de pronto, los pasos ligeros de Bárbara Clarke se detienen... ¡Cosa

más rara en la austera ciudad! La risa que ella llevaba en el corazón y que, a duras penas, retenían y ahogaban sus labios y sus dientes, acaba de estallar a poca distancia suya, en una sonora, fresca, juvenil carcajada. A la que siguen otra, y otra, y otra... Sobrecogida un momento por lo insólito del caso, Bárbara no tarda en comprender y, a su vez, sonríe. Se encuentra ante la casa de Nataniel Goode, uno de los ancianos de la Iglesia de la ciudad, y quien de aquel modo ríe en Salem no puede ser sino una única persona: la joven Ana, hija de Nataniel y de su esposa Abigail; Ana, que apenas si ha cumplido los trece años y ya ha sido públicamente reprehendida por mostrarse más precoz y menos respetuosa de lo que convenía a su edad y a su sexo.

Bárbara arrastra el paso y empuja la puerta de los Goode. Si: es la propia Ana — ¿podría acaso ser otra? — quien ríe de aquel modo. Verdad que ahora no le falta motivo. La señora de la casa, la pequeña y revoltosa Ana, y la solterona Sara Osborn — un vestidor con facha de legítima bruja — están atentas a la palabrería de Tituba, la cocinera haitiana que, con magnífico garbo y seriedad ejemplar, les dice la buenaventura. Las mujeres invitan a Bárbara a que se acerque y tome parte en el juego. Ana, la chiquilla, ríe, ríe, ríe... Abigail y Sara guardan la más profunda seriedad. — ¿Acaso es cosa de risa el futuro, el destino? — Con frases cabalísticas y truncadas la locuaz adivina anuncia a Bárbara:

— Muy pronto... cerca de aquí... un mozo forastero, joven, apuesto y valeroso te dará el más rendido amor... Es el hombre que te guarda el destino...

Bárbara no cree en aquellas patrañas, y se ríe de la predicción de la haitiana, mas — ¡es tan monótona en Salem la vida! — no puede por menos de oírla con placer. Sara

Osborn, la solterona, avinagra más el gesto, sospechando que aquélla pueda ser sugestión del diablo. Y Abigail, la esposa de Nataniel Goode, que vive poco a gusto en el forzado sosiego de su austero hogar, se da a soñar si ella tropezará también muy pronto con algún galán tan apuesto y rendido como el que Tituba le promete a Bárbara.

II

EL viejo pescador Jeremias Adams es pobre, tan pobre que no tiene moneda ni para costearse unas velas con que alumbrar las sombras de su noche. Sentado, en actitud pensativa, ante su choza, reflexiona, acaso, en su miseria? No, pues que, pobre como es, la más linda muchacha de Salem se acerca a él y le llama con jubilosa voz:

—¡Jeremias!

—¡Bárbara! Había olvidado que tenías que venir hoy...

—Sucede algo, abuelo Jeremias?

El pescador se rasca la cabeza, perplejo.

—Sucede, niña... Sucede que mis trampas han amanecido tan vacías de cangrejos como de buen humor las reuniones de este pueblo...

Se ríen el viejo y la muchacha.

—Y eso ¿qué importa? — pregunta ella.

—Importa... que te vayas a casa pronto, porque esta semana no necesito velas.

Bárbara sonríe maliciosamente.

—No quieren velas porque no tiene cangrejos que cambiarme por ellas?... ¡Qué tontería! ¡Vaya un modo de darme la bienvenida!... Mandándome a mi casa...

—Tú eres siempre bienvenida, Bárbara, pero ahora...

—Ahora mismo le dejaré las velas a la cabecera de la cama... ¡Pues no faltaba más!

—¡Bárbara, no! ¡No entres! La cabaña está sucia, sin arreglar...

—Lo creo. ¡Estos hombretos!... Yo se la arreglaré; verá qué maña tengo...

—¡Pero, Bárbara!... ¡Oh Bárbara!...

Un empujón a la puerta de la choza. Y, en su umbral, antes de que Bárbara diera un paso más, la figura arrogante, magnífica, aunque un poco selvática, de un hombre, de un forastero.

Aturdido, balbuciente, el viejo pescador se apresuró a replicar:

—Mi sobrino, Roger Coverman... de Virginia. Miss Bárbara Clarke.

Paralizado por el asombro ante la candida belleza de la joven puritana, el forastero, contento el aliento, no podía formular palabra. Fué ella la primera en hablar.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, miss Clarke.

Peró el diálogo no avanzaba. Confusa, frente a la mirada hija de admiración del joven forastero, Bárbara apresuró la despedida:

—Adiós, Jeremias... Ahí quedan las velas... Mi tía estará inquieta...

Mas el pescador la detuvo con un gesto:

—Un momento, pequeña. Por lo que más quieras en el mundo... ni una palabra acerca de lo que has visto. Ahora no puedo decirte por qué...

La mudez del gallardo intruso se quebró en un torrente de palabras.

—¿Cómo que no puede decirle?... Si, si. Ella debe saberlo todo. Yo mismo se lo contaré... empezando por lo peor. Si, señorita, tal como usted se había figurado... soy un fugitivo, soy un rebelde, soy un traidor a la corona...

Turbada Bárbara, apenas pudo balbucir cortésamente:

—¡Oh! ¡Qué interesante!...

—Pero déjeme que también le diga lo mejor —añadió él con orgullo—. No se trata sino de una insignificante cuestión de impuestos. Yo soy de Virginia, yo soy un patriota... y me rebelo ante ciertas cosas... como otros de mi patria. El gobernador puso objeciones... y contestamos con las espaldas...

—Qué maravilloso! Bárbara atrió mucho los ojos. En Salem no ocurrían nunca cosas así, tan emocionantes. El mozo seguía narrando su proeza.

—Eramos trescientos contra más de mil soldados... Luché con media docena y cubrí

mi retirada con los golpes de mi espada... Pero hubimos de huir... Confiscaron nuestras tierras...

—Se ha puesto precio a su cabeza —gimió el viejo Jeremias—. Mil dólares ofrecen.

—¿Acaso no los valgo? —preguntó el joven, riendo de la mejor gana—. Cree usted que no los valgo, miss Bárbara?

La muchacha bajó los ojos. Se acercó a Jeremias.

—Por mí pueden estar tranquilos. Yo «no le he visto a usted» —añadió solemne, dirigiéndose al mozo—. Buenos días, señor. Buenos días, Jeremias.

Se alejó.

Deslumbrado todavía, Roger no podía pensar sino en la frase que acababa de oír a la muchacha.

—¡Que «no» me ha visto! ¡Que «no» me ha visto! ¿Qué habrá querido decir con eso, tío?

—No sé... Tal vez le hayan molestado tu charla, tus maneras... Los puritanos de este país son tan austeros...

El mozo echó a correr hasta la mitad del bosque.

—¡Miss Bárbara! ¡Miss Bárbara!... Se ha olvidado la cesta...

—¡Por Dios! Pues es cierto... Muchas gracias, señor.

—¿Cuándo volverá usted?

—Traigo cada semana velas para su tío.

El mozo hizo un vivo gesto de contrariedad.

—¿Sólo una vez a la semana? Por muchas velas que nos deje, pasaremos seis días a obscuras...

Rió ella. Rió él. Charlaron, pueriles y gozosos. Al fin ella le tendió la mano; se desprendió de las de él; echó a correr de nuevo. Y aún oyó la clara y energética voz, a lo lejos:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—¡Cuando... cuando vuelva a traer velas!

Era tarde. Su tía estaría con cuidado. Bárbara corrió, corrió... Y un presentimiento gozoso alborozaba su corazón: ¿Se habría cumplido, se estaría cumpliendo la predicción de Tituba, la haitiana?

III

DOMINGO. El domingo monótono, rígido, de Salem. En la pequeña iglesia de la villa, los fieles, hombres y mujeres, se agrupaban, formando una masa muda, negra y aterradora. Los severos puritanos de aquel apartado rincón de Nueva Inglaterra, ataviados con sus austeros trajes de fiesta, escuchan, intimidados, la palabra tajante, acusadora, del predicador Samuel Parris, quien, desde el pulpito, anatematiza todo cuanto, siquiera de lejos, trascienda a juventud, a alegría... En toda la capilla apenas hay otra nota de frescura, de claridad, de belleza, que el blanco y almidonado botón de Bárbara Clarke, sus puños y su cuello de albarca inmaculada, y —esto, sobre todo— su rostro gracioso, su candida sonrisa... Si; Bárbara sonríe, pues, a decir verdad, apenas si oye los terribles anatemas del predicador.

Imágenes más gratas que las de las eternas torturas infernales cruzan la mente de la muchacha. Recuerda al forastero que vió por primera vez en la cabaña de Jeremias, y al que alguna vez ha vuelto a encontrar en el bosque, donde se oía la aterradora voz de sus perseguidores. Aquel mozo decidido, galante, arrojado, que sabe cantar lindas canciones, que relata historias de amores, de celos, de heroismos, que habla de diversiones, de bailes y de fiestas, es bien distinto de los rígidos puritanos de Salem. Aquel mozo, cuyas heridas ya han curado la solicitud del viejo Jeremias y la gracia amorosa de Bárbara, es, sobre todo, un guapo mozo. ¡Y tan ocurriendo! Un día... ¿pues no ha tenido la ocurrencia, un día, de querer enseñar a bailar a la doncella puritana? ¡Balar! ¡Qué palabra fascinadora!

Estos encantadores pensamientos ponen un raro brillo en los ojos de Bárbara; sus rojos labios se dilatan en una sonrisa... Mas he aquí que, de pronto, la sonrisa se huela en la boca de la muchacha y un estremecimiento recorre su cuerpo menudo y ágil.

En una sola mirada unánime todos los ojos están fijos en ella, y la atención, momentos antes concentrada en los ojos del predicador, se divide ahora entre el sermón y el rostro, la figura, la actitud de Bárbara...

Cuellos almidonados... collas y bonetes que descubren las ondas del cabello... ¡Gafios con que Satanás se esfuerza por agarrar a sus criaturas! ¡Trampas de tentación tendidas al paso del creyente! ¡El acicalamiento extremado en la mujer es, en un sociedad fervorosa, el escándalo de los escándalos, obra exclusiva y predilecta del demonio!...

Así clamaba, con voz de trueno, el reverendo Parris, mientras su índice señalaba, tremendo, amenazador, el cuello, el bonete, la sonrisa, la graciosa compostura de Bárbara, a quien todos miraban, horrorizados, y que, otra vez, después del primer salto, sonreía, sonreía...

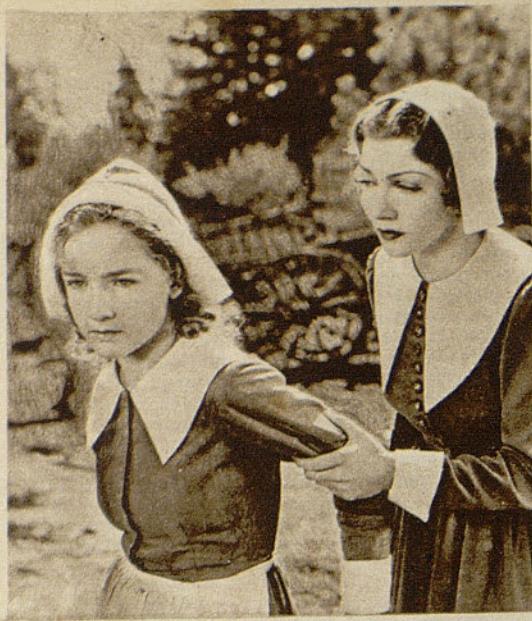
Allí, frente a la puerta de la capilla, aguardando, sin duda, a que saliera ella, su enamorada, se encontraba Roger, el forastero. ¡O era, tal vez, su imagen, que Bárbara comenzaba a ver en todas partes? No, no; era él en persona; su alta figura, su risa clara y franca... ¡Señor, Señor! ¡Qué tremenda imprudencia! ¡Y si le conocían, y si lo detenían para ganar el precio puesto a su cabeza? Bárbara olvidó los anatemas del predicador a la coquetería de su tocado, dejó de oír, súbitamente, los rumores y acerbas críticas que se levantaban en torno suyo, dejó de ver las miradas sinuosas y acusadoras... Retrocedió hasta la puerta, hizo al forastero desesperadas señas de que se alejara, de que volviera a internarse en el bosque. Y sólo suspiró, tranquila, cuando vió que él, Roger, desaparecía de la plaza...

El sermón había terminado. Los fieles se apresuraban, en grupos, hacia la salida. Muchas personas, al pasar junto a Bárbara, inmóvil todavía cerca de la puerta, daban un pequeño rodeo, como para evitar su saludo o su contacto... Evidentemente, el sermón anatematizando bonetes blancos, cuellos almidonados, coquetería femenina, debió de ser severísimo. Bárbara, por poco tiempo atenta a él, a pesar de tocarle tan de cerca, lo recordaba sólo como un mal sueño... ¡Tentaciones de Satanás: había llamado el predicador a sus puños, a su bonete! ¡Cuánto se reiría Roger, el mozo de Virginia, cuando ella se lo contara! ¡Cuánto se reiría el viejo pescador!... ¡Pero qué sucedía fuera?

Fuera, rodeado de un gran corro de gente —toda la gente que salía de la capilla—, el perpetuo borracho Ezequiel Blige contaba algo terrible, espeluznante... Algo visto por sus mismísimos ojos, a los que la lumbre del alcohol daba más penetrante vista... Sí, sí; él lo había visto; él había visto al propio diablo al pasar por el bosque. El diablo en forma de un hombre de elevadísima estatura, envuelto en una capa negra...

Un estremecimiento agita los espaldas. (También Bárbara se estremece, pero no de superstición.) Y la noticia siniestra, como re-





guero de pólvora, corre la pequeña ciudad, llega al puertecillo, sale al campo...

—¡El diablo ronda a Salem! ¡El diablo ronda a Salem!

—¡AMBROSIA! ¡Manjar de los dioses! Señorita, me ha salvado usted la vida... No quisiera ser descortés con los cangrejos de Massachusetts, pero... cangrejos para almorzar, para comer y para cenar... son demasiados cangrejos. Además, no sé qué hay en los ojos de esos bichitos que me recuerda al gobernador de Virginia, mi ilustre enemigo...

Así charlaba el locuaz Roger Coverman la tarde de aquel mismo domingo, en torno a la mesa de la choza, en que, en la amable compañía de su tío Jeremias y de la linda Bárbara, había devorado, más que comido, los apetitosos manjares traídos por la muchacha para festejar el día santo. El viejo y la doncella le miraban comer y le oían charlar, con delicia. El seguía, bromeando:

—No te enfades, tío. Ya sabes que tus cangrejos de Massachusetts me parecen excelentes. Tanto como divertidas las gentes de este país... La otra tarde, en el bosque, un campesino que me vió, de lejos, hizo la señal de la cruz ¡como si vieras al mismísimo diablo! Entonces yo me diverti haciéndole extrañas señas con mi capa...

Sonó en la cabaña la risa fresca de Roger. Pero a Bárbara el corazón le dió un brinco, y en su rostro se reflejó una profunda tristeza... ¿Cómo curar a la muchacha aquellas raras ráfagas de puritana melancolía?... Sonó el chasquido de un beso —robado?— en la cabaña. La voz de Bárbara protestó:

—¡Oh, Roger! Nuestra ley condena eso con una multa de cinco libras...

—Cinco libras?

—Sonó otro beso.

—Por el segundo, diez.

—Nada más?

—Sonó un tercer beso.

—El tercero se paga en la cárcel.

—¡Gracias a Dios! Jamás he recibido una pena con más gusto...

IV

MAS, en la pequeña ciudad, el vendaval de la Intolerancia soplaba cada vez con más fuerza. Los acontecimientos se precipitaban. Y habían ocurrido grandes acontecimientos.

Ana, la traviesa y precoz hija del anciano Nataniel y de su inquieta esposa Abigail, encuentra un día, en la biblioteca de su padre, un libro que trata de magia negra. Un tanto maliciosa, pero también, a su vez, un tanto sugestionada, se entretiene en sugerir, con mil relatos tenebrosos y fantásticos, a un grupo de amiguitas, cuya obsesión es tal que llegan a creer, a pie juntillas, que Tituba, la adivina haitiana, es bruja y las ha hechizado.

Al mismo tiempo Abigail, la madre de Ana y esposa de Nataniel, que sueña con

anhelos de románticos amores, acosa a la propia Tituba para que le prepare una bebida, un filtro, que convierta en realidad sus íntimos e imposibles deseos. Y la infeliz mujer, impulsada por la propia ignorancia, por la sugerencia terrible del ambiente, y por el afán de complacer a su señora, accede a lo que pide la apasionada superstición de su ama. Y aun añade, para dar mayor fuerza a su brebaje, que ella ha asistido más de una vez a concilios de brujas que el mismo Satanás presidia.

—¿Satanás?... ¿No sigue el borracho Ezequiel Bilde afirmando que lo encontró en el bosque?...

A su vez, Bárbara contribuye a aquella atmósfera de horror, por medio de una inocente broma. En la cabaña de Jeremias, donde cotidianamente ve a Roger, el joven aventurero ha querido enseñar a bailar a la doncella puritana. Cuando vuelve a su casa, la muchacha, sola en su cuarto, ensaya algunos pasos de gavota. El pequeño Timoteo la sorprende, y la mira asustado, con ojos muy abiertos:

—¿Qué haces, Bárbara?

—Ballo. Me divierto.

—¿Sola?

Elle recuerda que ahora nunca está sola porque la imagen de Roger a todas partes la acompaña.

—No. No estoy sola. Bailo con... un joven.

—¿Dónde está? No lo veo...

—Porque para ti es invisible. Pero yo sí lo veo— dice Bárbara, sonriendo.

Pero el pequeño Timoteo no sonríe. Huye de allí poseído de espanto. ¿Estará Bárbara bailando con el diablo?

Todos estos hechos, inocentes en sí, forman en torno una red de fanática superstición a la que es imposible escapar. Nataniel Goode y los otros ancianos de la villa se reúnen en casa del primero para formar consejo. Inesperadamente, la traviesa Ana, cada vez más obsesionada por su propia superchería, linge uno de aquellos desmayos en que se siente poseída —dice ella— por el Maligno. Nabby, la hermanita de la faraona, impresionada por el ejemplo, y arrastrada por un fenómeno de mimetismo muy frecuente en los niños, hace otro tanto. Al mismo tiempo, en otra estancia, es encontrada Abigail en estado de semiestupor, mutando palabras incoherentes frente al suspenso bebedizo...

En vano el doctor Harding pretende do-

minar aquella oleada de locura, asegurando que todos aquellos hechos son explicables, sin que en ellos intervenga para nada poder de hechicería. Al desmayo de Ana y de Nabby se añade el del críptico Timoteo... ¡Los niños están hechizados! ¡Los niños están hechizados!... ¿Quién es la bruja que tan graves males causa a la ciudad de Salem? Ana señala a Tituba, la haitiana, y ella, aterrizada, enloquecida, «confiesa», y habla incoherenteamente de fiestas nocturnas que preside Satanás y a las que asisten diversos vecinos de Salem.

Y, en seguida, la locura de unos pocos torna locura colectiva... Se emplean a instruir procesos por brujería, cuyo castigo es uno solo: ¡la muerte! Una tras otra, destrozadas por crueles tormentos, caen las víctimas. El suave corazón de Bárbara Clarke se estremece de horror; segura de sí misma, quiere defender a los acusados...

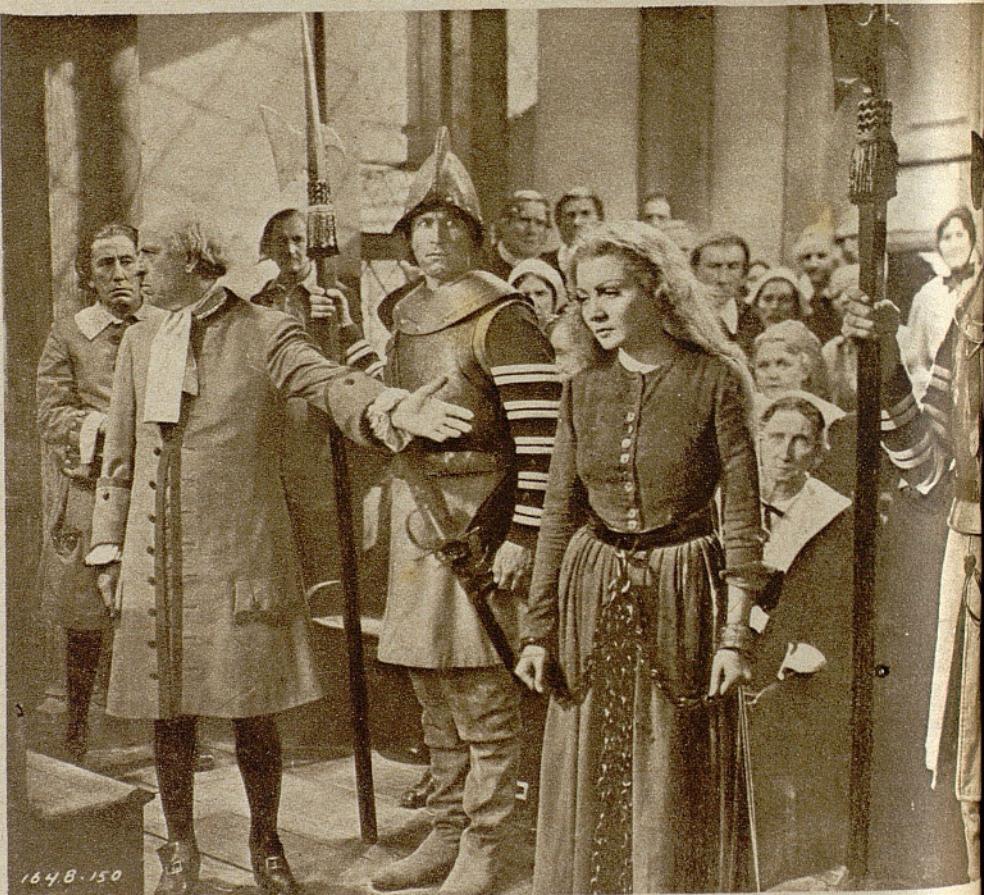
—Guárdate bien de hacerlo —le dice su tía Elena—. Tú menos que nadie... ¡Sería horrible!

—¿Yo... menos que nadie? ¿Por qué, tía Elena?

Entonces la buena mujer cuenta a Bárbara, horrorizada, cómo su propia madre murió en Inglaterra, en la hoguera, acusada de bruja. Sólo dos personas lo saben en Salem: el doctor Harding y su esposa Marta. Nada hay que temer del bondadoso médico, pero ¿puede decirse lo mismo de su mujer, que es celosa y fanática? Otro enemigo tiene la muchacha: Miles Corbin, un pretendiente desdenado...

Por si fuera leve este temor, única esta amenaza terrible, una de aquellas noches de espanto, Roger viene a despedirse de su amada. Ha encontrado ocasión de volver a Virginia y quiere aprovecharla. Su presencia allanará las cosas; ganará el proceso, de fijo. Sus brazos rodean el tallo de Bárbara... y en este momento les sorprende el pequeño Timoteo, que huye despavorido... Aquel hombre que ahora abraza a su prima: ¿no es, de fijo, el mismo hombre invisible, acaso un brujo, tal vez el propio Satanás, con el cual bailaba ella la noche en que Timoteo la sorprendió danzando en su aposento?

Los amantes apresuran la despedida. Roger corre al puerto, y se embarca. Mas el piloto del buque, reconociendo en él al revolucionario a cuya cabeza han puesto precio las autoridades de Virginia, trama echarle mano a fin de cobrar la suma ofrecida.



El pescador Jeremías, que trata de defenderle, muere en el duro empeño...

V

TODO es dolor, tragedia, para Bárbara Clarke. Roger ha desaparecido, y sus mejores amigos caen víctimas de la estúpida superstición de Salem. Ahora la señalada es Rebeca Nurse, la anciana a quien Bárbara venera como a una abuelita.

Bárbara asiste al juicio. No puede más. Protesta de la inicua sentencia.

—¡Esa mujer es una santal! —grita. La conozco desde los días de mi infancia. Es incapaz de pecado...

El presidente ordena silencio:

—Con qué derecho habla usted sin que nadie le pregunte, miss Clarke?

—Con el derecho de la verdad; con el derecho de la justicia...

Y entonces suena la palabra terrible, implacable:

S lo una bruja puede atreverse a defender a otra bruja...

Y la impulsiva defensora se convierte, a su vez, en acusada. Ana Goode atestigua contra ella con feroz ensañamiento. El pequeño Timoteo, con su absurdo relato del hombre invisible, proporciona a los jueces pruebas más que sobradas para condenarla por hechicera. En vano Bárbara, revelando el secreto de sus amores con Roger, trata de dar al caso la muy sencilla y natural explicación que tiene. Nadie cree en la existencia real de Roger, y sí, en cambio, en los fantásticos relatos de los únicos que —muerto Jeremías, el pescador— han visto al joven: el borracho Ezequiel Bilge y el niño Timoteo Clarke.

Y Salem entero, arrastrado por la nefasta marea del fanatismo, informa y sentencia: Bárbara Clarke, hija de bruja, amante del demonio, bruja a su vez, debe morir lo mismo que su madre. ¡En la hoguera!

VI

EL horrible suplicio está dispuesto. Todo Salem acude al lugar donde debe ejecutarse la espantosa sentencia de muerte dictada contra Bárbara. Con serenidad de mártir, ella avanza hasta el patíbulo.

—Salvarás la vida, o, por lo menos, suavizarás tu muerte, si confiesas tus repugnantes delitos — le propone una voz.

—¡Nunca! ¡Nunca confesaré lo que no es cierto! Soy inocente... ¡Soy inocente!

El momento supremo ha llegado. Bárbara va a morir... Mas he aquí que, en este instante, un estremecimiento recorre la multitud. Un hombre, espada en mano, se abre paso, diciendo, a grandes voces, que la mujer a quien van a ejecutar es inocente, y que él puede probarlo. Todavía sugestionadas por aquel vendaval de histerismo, las gentes de Salem se preguntan si no será Satanás en persona...

No, no. Es Roger Coverman, hombre de carne y hueso, que se ha salvado de la muerte en Virginia y acude de ahora a salvar a su enamorada. Su energía, su valor y la justicia de su causa acaban por imponerse a todos, convenciéndoles de que el hombre invisible del pequeño Timoteo y el diablo del borracho Ezequiel Bilge no eran, en realidad, sino un hombre, muy hombre, muy enamorado y muy valiente.

Y, así, la amante a quien aguardaban los helados brazos de la muerte, cae en los brazos cálidos y fuertes del hombre que es para ella el amor y la vida.

MARÍA LUZ

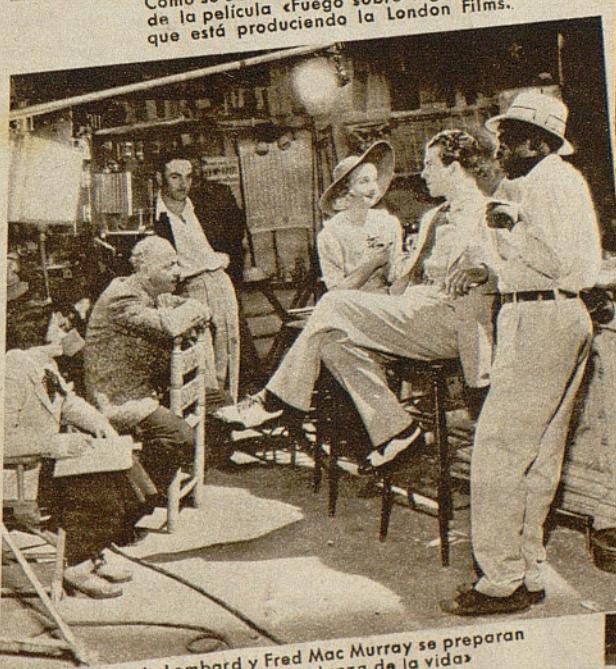


En esta magnífica foto vemos a Henry Hathaway dirigiendo a los fotógrafos para tomar unas vistas de la película «Almas en el mar», que interpretan Gary Cooper y George Raft.

Charles Boyer y Marlene Dietrich, que por primera vez forman pareja ante la cámara, a punto para una escena de «El jardín de Alá».



León Shamroy, primer fotógrafo, y Fritz Lang, director, toman uno de esos primeros planos con que este genial realizador alemán nos ha sorprendido más de una vez en alguna de sus magníficas producciones.



Carole Lombard y Fred Mac Murray se preparan para una escena de «La danza de la vida» ante el director Mitchel Leisen.



Adolphe Menjou y Ruth Chatterton oyen las instrucciones de W. Keighley, que dirige la producción «Journal of a Crime», en la que los celebrados artistas toman parte.

FUERA DE PROGRAMA

Filmoteca
Cinematografía

ENSALADA RUSA

Peter Lorre ha empezado a filmar «Think Fast, Mr. Moto». El personaje encarnado por Lorre se pone el misterio inglés, pero es un detective japonés que se hace pasar por armenio en Rusia. El film está grabado en inglés, hecho en Hollywood. ¡Y Peter Lorre es húngaro!



UN AUTOR NOVEL

Frank Capra es el autor responsable de esta anécdota:



En América son cada día más frecuentes los robos de automóviles. Stuart Erwin ha resuelto el problema de una manera ingeniosa: colocando un pequeño tigre en el asiento. Stuart dice que si todos los automovilistas siguiieran el ejemplo, desaparecerían los ladrones de autos. No dice cómo desaparecerían, pero los ladrones lo sospechan y cuando pasan por delante de su coche, pasan de largo. (Foto Radio.)

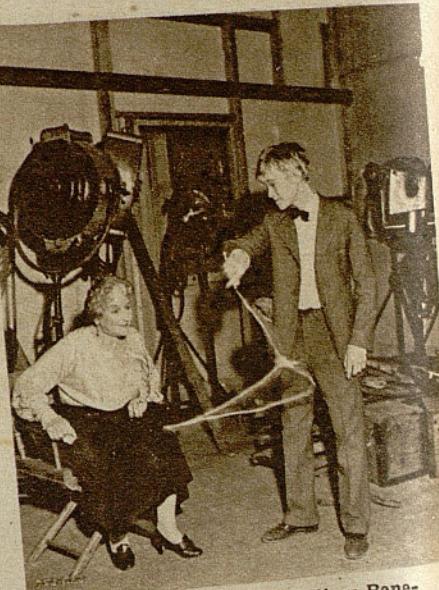
El gran director de «El secreto de vivir» cuenta que últimamente expuso a un importante productor de Hollywood la realización de una película basada en cierta novela de Musset. Explicó el argumento y el director, entusiasmado por el asunto, llamó a su secretaria y le dijo:

—Señorita: escriba ahora mismo al señor Musset. Dígale que queremos filmar su novela, con lo cual le haremos célebre. Ofrézcale quinientos dólares. ¿Le parece bien, amigo Capra?

Si nos guardásemos el secreto, más de cuatro creerían que esta castiza manola es hija del Avapés. Pero somos honrados. Nosotros ponemos las leyendas con seriedad. Esta española es americana. Se trata de la encantadora Muriel Evans, que ha querido rendir un homenaje a España «camouflándose» castizamente. Y para captarse, además, las simpatías de los vascos, se ha puesto ante la cámara con una valiente actitud de «pelotarla». Española bien por cién (cincuenta de mantilla y cincuenta de vasco) dedica su más afectuosa y tierna sonrisa a la heroica España. Somos hilangos y le agradecemos el gesto. Pero le pedimos que no reincidente. Si quiere hacer pelotillas internacionales, muchas gracias y que en lo futuro se dedique a la valiente Escocia, a la sforzada Checoslovaquia o a la abnegada Suiza. (Foto Metro.)



Aquí la tienen ustedes: es Ann Sothern antes de ser embalada. (Foto Columbia.)



El simpático actor William Bendix explica lo difícil que es cazar una novia. Dice que hi con lazo puede alcanzarlas; que en cuanto le ven las chicas, echan a correr. Su interlocutora es la excelente y respetable dama de carácter May Robson. Aunque a primera vista, si nos dejáramos inducir por ciertas aficiones ilisonómicas, pudíramos creer que era su mamá. (Foto Universitario.)

OTRO ROBERT TAYLOR

Si coge la lista de teléfonos de la ciudad de Nueva York —una especie de Anuario Bailli-Baillié y Riera reunidos— encontrará un Robert Taylor, pero no intente llamarlo: es de pega. Se trata de un Robert Taylor de ochenta y dos años, magistrado jubilado, gotoso, carroso, de un genio conten-

ciosoadministrativo de primer orden.

Cansado de las ansiosas llamadas de las admiradoras del otro Robert Taylor, el magistrado creyó solucionar el conflicto haciéndose poner en la lista: «Robert Taylor, senior», equivalente, como nuestros lectores saben, a «mayor o anciano».

El teléfono sigue llamando como antes y todas, absoluta-

mente todas las chicas que llaman, piden lo mismo:

—¿Quiere decir a su hijo que se ponga al aparato?

VIDA PRIVADA

El productor de películas puede ser un hombre inteligentísimo, pero no es indispensable que lo sea. He aquí un sucedido que da la temperatura intelectual de un flamante «productor» que pasea mucho por las Ramblas.

Iba a estrenarse su más reciente film y en el anuncio se publicaba el nombre del director, los protagonistas, etcétera. «El argumento —rezaba el anuncio— se debe a X. X.»

El productor, que no había visto el anuncio antes de publicarse, al verlo en el periódico puso el grito en el cielo y ordenó que despidieran al empleado que lo había redactado.

—Le despido porque es un idiota. ¡Mire usted que poner en el anuncio que el argumento se debe a Fulano! ¿Qué le importa al público si lo debemos o lo hemos pagado?

ANNABELLA

(Continuación de la página 22)

los periodistas en su honor, pues la versión que había de interpretar sólo interesaba al continente europeo. Y, en consecuencia, su estancia fué de incógnito. Llegó, actuó y desapareció nuevamente, rumbo a Europa, hacia el país donde Annabella sería considera-



Robert Montgomery ha venido a menos. Vede aquí recluido en el nuevo establecimiento de remendón, «El remiendo de lujo», que acaba de inaugurar en una de las más aristocráticas porterías de vecindad de Hollywood. (Foto Metro.)



La «Venus-taxi-girl» se venga y proclama el advenimiento de la era del «taxi-boy». Ved a este elegante boy haciendo una prueba de resistencia. El chico, con la más amable de sus sonrisas, dice a las chicas: «¡Qué pesadas son ustedes!» (Foto Warner.)



A Constance Collier la pusieron a dieta y con tan fausto motivo desdén de entonces reparte su comida con sus dos perritos. ¿Qué culpa tendrán ellos de la dieta de su ama? ¡Con lo que les gusta a ellos rebañar la lengua en el plato!

(Foto Metro.)

da siempre algo excepcional. ¿En qué pelaban los productores, descubridores, directores? Seguramente en nada, porque, una vez terminada la filmación, Annabella tuvo que regresar inmediatamente a Europa, terminando así sus actuaciones americanas.

Dos años más tarde, la 20th Century-Fox establecía sus estudios de Inglaterra y ponía al frente de los mismos a Robert T. Kane, quien confió a Annabella el papel de protagonista de su primera película «Alas del alba» y así debutaba aquélla en la pantalla inglesa.

«Alas del alba», a pesar de ser producción británica, se estrenó mundialmente en los Estados Unidos y el Canadá, y Annabella obtuvo un grande y legítimo triunfo.

Resultado: una vez terminada su nueva producción, Annabella parte para Hollywood para actuar directamente en sus estudios. Uno de tantos casos de la ciudad del cine en el que ha sido necesario el aplauso del público para que una actriz alcance el lugar que merecía y para el cual ningún productor americano había sospechado condiciones.

ANTONIO MIRANDA

HOLLYWOOD, DOS MINUTOS

EL MARIDO DE LA ESTRELLA

No envidie usted la suerte de los pobres maridos de las estrellas de Hollywood. No tienen nada envidiable, si se exceptúa la mujer. Pero un hombre razonable no se buscará una cadena perpetua por tan poca cosa.

Una breve historia, la verídica y patética historia de mi amigo, os dará una idea de lo que es el marido de una estrella. Oíde con piedad:

Una vez leí un anuncio de joyería que decía: «Cásele usted. Dos personas viven más económicamente que una sola. Ponga usted la mujer y nosotros pondremos el anillo». Lo reflexioné bien y me casé con una mujer insignificante. Esta mujer es Mary. Ella tenía unas bonitas piernas y triunfó fácilmente. A medida que ella subía, la gloria la distanciaba de mí. Al principio me trataba con cierta condescendiente piedad. Después fué enfríándose. Cierta día llegó a la conclusión de que no me amaba; quise besarla y ella me devolvió el beso mecánicamente y me dijo: «Ni siquiera sabes besar. Gary Cooper besa con una pasión y un ímpetu...». Desde entonces hice esfuerzos inauditos para ponerme a la altura de los grandes artistas. Empecé a temerla. Se hizo caprichosa, irascible... Ahora me pasa una pensioncita que me permite ir tirando.

Como éste hay muchos maridos en Hollywood. Son unos pobres fantasmas que han perdido su propia personalidad para convertirse en «el marido de la estrella». Viven de prestado, en una casa de préstamo, encerrados en jaula de oro, empeñados, pulverizados.

Son unos maridos protocolarios, de pura fórmula, con categoría de mayordomo de confianza.



LA CORRESPONDENCIA de Mae West

A correspondencia que sus admiradores dirigen a una estrella sirve para juzgar su popularidad. Las muchas cartas que Mae West recibe nos prueban que la ondulante actriz provoca pensamientos poco comunes en sus admiradores. Lo más notorio de estas cartas es la impresión de verdadero afecto que de ellas se desprende. Los firmantes se expresan como si conocieran a Mae personalmente.

Esta circunstancia se puede atribuir a la nota de intimidad que reina en las películas de la encantadora rubia. Las cartas contienen súplicas y ruegos de carácter más o menos íntimo que la estrella, aunque quisiese, no podría conceder.

Cuando me presenté en el estudio para suplicar a la actriz que me permitiera ver algunas de las cartas que recibe, Mae se resistió a permitir que se publicara su contenido.

—Creo que tengo derecho a guardarme algunas cosas para mí sola— dijo Mae.

Pero habiéndole prometido que no publicaría el nombre de los firmantes, me entregó varias de las más interesantes. Encabezaba la lista una demanda de dinero que es la que aparece con más frecuencia en su correspondencia.

Esta circunstancia es consecuencia directa de la publicidad que se ha hecho a la generosidad de la estrella. Sus donativos no pueden permanecer secretos en una ciudad en que los rumores circulan con la rapidez del rayo.

Otra carta pide su opinión respecto al amor y al matrimonio, aunque Mae no se ha decidido a dar el paso fatal.

Otra carta que abrimos, decía:

«Espero la suma que le pedí para equipar el velero que tiene que llevarme a los mares del Sur, seguro de que hallaré un tesoro, que partiremos a medias.»

Ofertas como ésta menudean. Unas veces son tesoros escondidos, otras minas de oro o pozos de petróleo. Otra carta decía:

«Soy uno de sus admiradores más fieles y desearía que me permitiera bautizar con su nombre una casita que me estoy construyendo.»

«Tengo diecisésis años», decía otra misiva, «y me he peleado con mi novio porque me dijo que yo no tendría nunca un tipo como el suyo.»

«¿Por qué no hace usted más películas», pregunta un admirador de Indianápolis. «He visto la última que hizo tres veces.»

Manuel ROMANO

Carol Hughes es el prototipo de la dama joven del cinema americano. Posee un gran talento y sensibilidad artísticos que le hemos visto desplegar en sus interpretaciones. Pero, además, es una excelente deportista. Practica todos los deportes con singular destreza si bien el de la equitación es su favorito.

(Foto Warner Bros.)





DICK
POWELL